



LA LUZ OTORGADA

Jaime Aguilera

LA LUZ OTORGADA



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jaime Aguilera

© Ilustración de portada: *Pendiente de un hilo* (óleo sobre lienzo), Emilio Moreno.

© Fotografía de solapa: Victoria Aguilera Marchant.

ISBN: 978-84-18366-22-2

ISBN digital: 978-84-18366-23-9

Depósito legal: M-14127-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos los que dedican su honesto
esfuerzo a la protección de la infancia*

La luz es más antigua que el amor

R. Menéndez Salmón

I

Era pelirroja, y ni siquiera tenía diecinueve años. Había llegado desde Irlanda y acababa de dar a luz a una niña a la que nunca besaría, pero de la que siempre se preguntaría si sería también pelirroja: como ella, como su abuelo.

Cuando Paco e Isabela llegaron a la habitación del hospital de la Costa del Sol Andy estaba sola, con la mirada perdida. Isabela hablaba mejor en inglés, pero fue Paco quien se dirigió a la extranjera recién parida sin más preámbulos.

La mirada azul de Andy les atravesó con su carga de indiferencia y resignación, como si fuera una derrota de hielo apagado que ya hubiera dejado de destilar rabia.

Paco había tenido la precaución de traer el documento de renuncia a su hija en inglés y en castellano. No se atrevió a leerlo, era más llevadero, menos violento y más aséptico entregárselo a la madre para que lo leyera ella, o para que sin apenas entender su significado se limitara a estampar su firma. ¿Para qué hurgar más en la herida abierta? ¿Para qué explicarle en inglés, con mucho esfuerzo, que tenía seis semanas para dar marcha atrás a la renuncia de una hija recién nacida que ni siquiera tenía nombre? ¿Para qué...?

La decisión ya había sido tomada siete meses atrás, y no fue Andy sino su padre quién la tomó en primer lugar. Su familia católica, acomodada, con una reputación immaculada, no podía permitirse el lujo de echarlo todo por tierra por un desgraciado desliz de sábado por la noche; y por razones profundamente católicas tampoco el aborto era una opción a tener en cuenta.

El padre de la criatura nunca supo que había sido padre.

Los vecinos no se extrañaron de que los McCormick al completo decidieran pasar nada más y nada menos que dos meses de vacaciones en la soleada costa española. Es más, lo consideraron una prueba más del estatus social de una de las mejores familias de Cork, de una familia a la que sin duda alguna sonreía la fortuna.

A la madre de Andy le hubiera gustado cuidar de su nieta accidental, pero la decisión patriarcal era irrevocable: no se podía abrazar a lo que era un error de la Naturaleza, aunque tampoco se podía asesinar a una equivocación con una sacrílega píldora abortiva. Por eso solo cabía un camino: ocultar el embarazo bajo llave, volar a España cuando ya los signos fueran irremediabilmente visibles, y esperar allí el alumbramiento para deshacerse, a continuación, de la fatalidad imprevista, para abandonar por fin el renglón torcido.

El padre no tuvo la opción de ejercer su paternidad abrupta y los abuelos maternos no tuvieron la valentía de acompañar a su casquivana hija en el momento de rubricar por escrito el abandono. No haría falta esperar seis semanas, en cuanto salieran del hospital cogerían el primer vuelo de vuelta a Irlanda y terminaría, al fin, un paréntesis necesario de incomodidad y engaño. Todo volvería, gracias al perdón del Dios católico, a una confortable y farisea mediocridad.

Tampoco hizo falta que Isabela respondiera con frases hechas, extraídas del botiquín de primeros auxilios psicológicos para madres en el trance de dejar de ser madres. Únicamente fue Paco quien le preguntó en su idioma si tenía alguna duda o aclaración: Andy se limitó a bajar la cabeza y firmar el documento.

La primera parte del trabajo había concluido: Paco e Isabela se despidieron tímidamente, casi pidiendo disculpas, e hicieron mutis por el foro hospitalario.

Una vez en el pasillo, asegurándose de no ser vistos ni oídos por una irlandesa que no sabía español, Paco continuó expeditivo con el guion al uso:

—Busca a la pediatra, confirma que la niña está de alta mañana y llama después a Charo para que ella o la familia de urgencia directamente vengan a por ella...

—Esta es una renuncia muy clara —afirmó *ex cátedra* Isabela—, no sé por qué no puede venir la familia adoptiva..., no es necesario ningún paso intermedio.

Paco no respondió a la duda de Isabela. Y justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación de enfrente. En ella una mujer con aspecto magrebí parecía no querer coger el bebé que le ofrecía la enfermera mientras le decía, muy despacio y con voz elevada, que intentara darle el pecho. En esa habitación no había nido vacío, estaban madre e hija; sin embargo, por un segundo, Paco quiso ver la misma mirada gélida gaélica con la que acababa de ser herido; la única diferencia era que los ojos que la irradiaban no eran los claros y traslúcidos de la pelirroja, sino los de una morena cuyos iris se refugiaban en una oscuridad opaca, casi abisal.

Isabela se fue en busca de la pediatra y Paco en busca de la matrona que debía entregarle la documentación para el registro civil. Después de perderse por varios pasillos por fin encontró el despacho.

—Buenas..., vengo de Menores, me haría falta el parte de alumbramiento de la recién nacida... —miró el papel—, de Andy McCormick...

—¿Ya te ha firmado la renuncia?

—Sí, aquí la tengo.

—Espera, la debo tener por aquí —la matrona buscó en su mesa—, toma, aquí está, la verdad es que la chica lo tenía muy claro: no puso ningún inconveniente en que pusiéramos el velo...

Era lo deseable en estos casos: un separador de tela que hacía de pantalla para impedir que la madre viera a su hija en el momento de dar a luz. Se había dado el caso de que si veía el rostro de su hijo, si la madre pedía que tan solo le dejaran ver su carita, o que se lo pusieran un instante en su pecho, la renuncia no seguía adelante.

—Pues por poco no te llevas dos por una... —dijo la matrona.

—¿A qué te referes? —preguntó Paco.

—A que en el mismo pasillo que la irlandesa, en la habitación de enfrente, una marroquí también nos dijo que quería dar a su hija en adopción..., pero cuando os íbamos a llamar apareció el padre, un ruso un poco extraño, para que te voy a engañar..., y la convenció para que no lo hiciera...

—Pero es el padre de la criatura, ¿no?

—Pues que quieres que te diga, hijo, eso dice él y eso corrobora la madre... y aquí paz, y después gloria —replicó con indiferencia la matrona entregándole el papel amarillo de la irlandesa.

—Ya..., madre mía, una irlandesa, una marroquí y un ruso... bienvenidos a la Costa del Sol...

—Ni que lo digas, compañero...

Con todos los documentos en su carpeta verde esperanza, Paco fue en busca de Isabela. También Isabela había conclui-

do su conversación con la pediatra y había conseguido ver a la recién nacida.

—La niña es pelirroja como la madre que la parió, y me ha dicho la pediatra que está más sana que una pera...

—Pues estupendo, un buen regalito para la familia a la que le toque...

Deogracias estaba esperando con el coche oficial en el aparcamiento de la entrada, impaciente porque, una vez más, iba a llegar a su casa tarde para almorzar. Rápidamente emprendieron el camino de vuelta por la autopista de peaje. A su derecha, al fondo, el azul del mar era intenso y acogedor; a su izquierda, desde el mismo borde de la carretera, el bosque de pinos de reforestación se alargaba hasta la cumbre.

—Por lo visto había una marroquí que también iba a dar a su hija en adopción...

—¿Iba? —preguntó Isabela.

—Sí, iba, pero al final ha aparecido el padre y se ha arrepentido. Por cierto —cambió de tema Paco—, ¿has pensado ya en el nombre de la pelirroja, Isabela? Está claro que su primer apellido será Delfín, como yo, que nos viene muy bien para que caiga en el juzgado 21...

—¿Otra Delfín...?! —protestó Isabela—, se supone que deberíamos buscar apellidos más comunes...

—No se hable más, me siento muy orgulloso de mi quinto vástago, que seguirá dando lustre a mi apellido... mi padre se sentirá orgulloso: ya van tres niños y dos niñas —Paco recordó fugazmente la emoción de la inscripción del primero: todavía no existían las familias de urgencia y lo tuvo que llevar en su propio coche a un centro de primera acogida, atravesando el pinar que estaba viendo ahora mismo.

—Algún día la jueza del Registro Civil te va a llamar la atención...

—Pero si solo le va a durar unos meses, Isabela..., hasta que sea firme el auto de adopción —arguyó Paco.

—Si fuera un niño, ya va tocando que alguno se llame Deogracias... —intervino el conductor.

—Jamás permitiría ese atropello —replicó Paco—, aunque fuera solo para unos meses...

—Venga, elige tú el nombre de la niña, Deogracias —intercedió Isabela, que veía como había enrojecido de furia el conductor.

—Caperucita, por pelirroja —se adelantó Paco—, Caperucita Delfín García...

—Déjate ya de tonterías... —de nuevo al quite Isabela.

—Concepción —dijo Deogracias—, como mi abuela...

—No se habló más, Concepción —sentenció Isabela—, Concepción Delfín Real..., que yo también ponga algo, aunque sea el segundo apellido.

—No me convence... —refunfuñó Paco.

Y fue así como Elisabeth McCormick nunca llegó a ser Elisabeth McCormick, de los McCormick de Cork de toda la vida. Su nombre se diluyó en la niebla de salitre, entre el hospital y Tórrega, entre el azul índigo del mar y el verde clorofílico del pinar. Por culpa de la abuela de Deogracias el regio nombre de Elisabeth pasó a ser de una «concepción» no deseada. Y por culpa de Paco pasó de McCormick a una «delfín» que jamás aspiraría a princesa mimada. Una heredera que por culpa de Isabela sería «real», sí, solo eso, una realidad provisional en espera de un cariño definitivo que la convirtiera en reina pelirroja. Sería en ese momento, dentro de unas

semanas, cuando dejaría de ser la concepción no deseada, el delfín que ya no desespera por el trono, la realidad definitiva.

Isabela se quedó antes en su piso alquilado en la calle de la Regencia. Al bajarse del coche le dijo adiós a Deogracias y se despidió de Paco con una mirada hospitalaria, como si lo estuviera invitando a tomar un café en la intimidad de un hogar prestado. Pero Paco Delfín, que seguía añorando el breve espacio de tiempo en el que vivieron juntos, le respondió con un simple hasta mañana. El acompasado vaivén de las caderas de Isabela se fue alejando pausadamente de la visión de Paco, a través de la ventanilla lateral del coche oficial.

Estaba atardeciendo cuando llegó a su piso de la calle de la Hacienda. Se dio una ducha larga y reparadora, se afeitó y se puso el pijama. Como los miércoles generalmente no comía en casa y estaba más cansado, se había convertido en una tradición cenar más temprano y después ver una película. El menú también era ya una costumbre: salchichas con plátano frito, sin aperitivo y sin postre. Tras recoger el solitario plato cerró la doble ventana del salón dirigiendo un vistazo fugaz al castillo iluminado en lo alto del monte. Pero ese día no quería ver ninguna película, puso un cedé de Chet Baker y se sentó en su sillón con las piernas apoyadas en una silla. Cerró los ojos, se dejó llevar por la trompeta apianada del americano, por su voz de niño avejentado, por su alma de negro escondida en una cara pálida y arrugada. Solo durante un momento, quizás no más de un mísero minuto, desfilaron las dos caras antagónicas de esa tarde en el hospital. Los ojos azules y las pecas como contrapuntos del fondo casi carmesí del cabello de Andy, frente a los ojos oscuros, la tez morena y el cabello rizado y azabache de la marroquí con nombre desconocido. Las dos seguirían allí, en las camas articuladas,

esperando el alta de la mañana siguiente, la primera volvería a Irlanda sin su hija, la segunda se iría a cualquier parte con su retoño en brazos. Solo fue eso, un instante que se desvaneció en un pensamiento que rápidamente derivó en su compañera Isabela. Ya no vivía con él, solo fueron unos días, mientras buscaba piso, cuando le dieron destino en el servicio. Pero no se olvidaba de esa fugaz temporada, una y otra vez recordaba la noche en la que tocó su chelo solo para él, en aquel mismo salón, vestida con un pijama de hombre a rayas y con el pelo mojado, otro miércoles por la noche.

Mecido por la trompeta de Baker en sus oídos, y por el chelo de Isabela en su añoranza, se quedó dormido en su sillón rojo a cuadros transmutado mágicamente en cuna.